

Capítulo 1: El desierto

A Akun le temblaba la vista. O quizá lo que temblara fuera el cielo. Como si una columna de humo invisible agitara el paisaje. Un paisaje monótono, inmutable e interminable: el desierto de Mohad.

La arena y las rocas se extendían por doquier, como un océano de dunas salpicado de formaciones de arenisca anaranjadas que resaltaban ante el intenso color azul de fondo. Akun no recordaba ni la forma ni el color de las nubes. Llevaba días sin verlas y el cansancio y la sed engañaban a sus ojos, que a veces distinguían formas extrañas en la lejanía. ¿Salvadores? ¿Enemigos? ¿Monstruos? Daba igual, porque siempre desaparecían antes de que ellos pudieran llegar.

– ¡Agua! –exclamó Antoine, maravillado.

Los otros dos miraron en la dirección que señalaba, luego se miraron el uno al otro. Ninguno se alegró como Antoine. Parecían no estar de acuerdo. Parecían no ver el agua. Aquello ofuscó a al más anciano.

– ¿No la veis? ¡Está ahí! –su voz sonaba apagada y gutural, y tenía que pararse para respirar entre frase y frase—. ¡Ahí delante! A media legua, más o menos... ¡Es azul!

– Ahí no hay nada, Antoine –explicó Boris con la decepción pintada en su rostro cadavérico.

Akun tampoco veía rastro de agua. Se les había acabado hacía ya dos días y se la imaginaban discurriendo por entre las dunas de vez en cuando, pero nunca los tres a la vez por suerte. Pero aquella vez fue algo distinta. Todos estaban exhaustos, muertos de hambre y tragando la poca saliva rasposa que producían como si fuera agua. Antoine estaba raquítico, y ese día estaba de los nervios. Al ver que lo tomaban por loco, el hombre corrió hacia el arroyo que veía a lo lejos. Akun y Boris lo siguieron a paso mucho más lento para ahorrar la poca energía que conservaban.

Llegaron al pie de la duna a la que Antoine se había encaramado para otear el horizonte. Tenía el rostro hundido en la decepción y unas ojeras azuladas que parecían a punto de estallar, como si estuvieran cargadas de lágrimas.

– Tranquilo, Antoine, encontraremos agua –trató de consolarlo Akun desde abajo.

El hombre se giró hacia ellos desde lo alto.

– No. No. No encontraremos... Nada...

Y se derrumbó. Quedó tendido sobre la arena, azotado por los pequeños granos que saltaban con las ráfagas de viento caliente. Subieron para reanimarlo, pero no hubo suerte. Había muerto de inanición.

Dejaron que la arena y el tiempo se encargaran de enterrarlo y reanudaron la marcha por el interminable mar de dunas. Akun sentía un gran respeto por Antoine, pues siempre le había servido con lealtad y aconsejado con acierto. Sin embargo, su pérdida solo le provocó una ligera tristeza. Una piedra más para añadir a la montaña de desgracias que le habían ocurrido en los últimos meses. Había perdido a sus padres en un desgraciado accidente y dos semanas después su prometida había desaparecido en el día de sus esponsales.

A nivel estatal, aquello también había supuesto una pequeña revolución. Con la muerte de la pareja real, el equilibrio de poder se encontraba tambaleante. Por eso la boda de Akun Val'Dore con Rose Mont'Arbre era tan importante, pues unía a las familias más ricas del Sur y el Norte del país otorgándoles así el trono, al que se accedía por estatus financiero, y no militar u hereditario. Pero al final, todo había salido mal.

El trono lo ocupaban ahora las dos familias más ricas del Este y del Oeste, y para colmo quien se sentaba en el mullido sillón era su antaño mejor amigo, Redal Val'Dargant. Ese traidor que lo había repudiado y condenado a una muerte lenta en el desierto.

Había pasado de tenerlo todo a no tener absolutamente nada. De la ostentosa vida palaciega a la cruda realidad del desierto. En ese momento se dio cuenta de lo poco que valían todas sus posesiones. Un pensamiento iba cobrando fuerza con cada paso que daba: vendería todas sus casas, todos sus negocios, todas sus joyas por un solo vaso de agua.

El sol estaba terminando ya su descenso, indicando que llevaban mucho tiempo caminando, y que el tercer día sin beber llegaba a su fin.

– ¿Qué es eso? –preguntó de pronto Boris, con la voz ronca.

– Parece... ¿Una vaca? –se oyó diciendo extrañado.

Un ápice de esperanza brotó desde lo más hondo de sus tripas. Un cosquilleo le recorrió el cuerpo. El hambre a punto de ser saciada.

– ¡Sí! ¡Es una vaca!

Por un segundo, Akun se preguntó que demonios hacía una vaca sola, tumbada bajo el sol abrasador en lo alto de una duna perdida en mitad del desierto. Apartó la pregunta de su mente al no encontrar ninguna respuesta coherente. Esa insensatez fue el inicio del largo tormento que le esperaba.